

Notas de un Antropólogo de Campo

(1970-2013)

Stanley Heckadon-Moreno, Ph.D.

Instituto Smithsonian de Investigaciones Tropicales, *heckados@si.edu*

Nunca pensé estudiar antropología al salir del colegio San Vicente de Paul en Chiriquí en el año 1960. En un DC 3 de Copa conocí un ingeniero mexicano y le pregunté: “¿Qué hace por Chiriquí?” Respondió: “Instalando los primeros teléfonos de microondas de Panamá. Has visto unas torres grandes por la Panamericana? Esas son del nuevo sistema de microondas de Empresas Eléctricas de Chiriquí. Soy ingeniero electrónico. Esa es la carrera del futuro, joven”.

A California en los años 60

Al no haber en Chiriquí universidades, ni quién me orientara, me fui a California, Estados Unidos. Me matriculé en ingeniería, en el Orange Coast College de Costa Mesa. Física fue la primera materia que tomé y saqué cero. Cambié a pre medicina; a la primera autopsia, casi me desmayo. No lo hice pues las estudiantes me observaban muy motivadas.

Un amigo me dijo: “Stanley, como tú lees tanto, y por lo que lees, te va a gustar antropología”. Fuí al curso de introducción a la antropología y me atrapó. Pagaba los estudios trabajando noches y fines de semana en una gasolinera. Recibí cursos de atención al público motorista y administración de gasolineras. En Fairview State Hospital for the Mentally Retarded, estudié técnico en siquiatría. Por mis buenas notas en el Orange Coast, la Universidad de California en los Ángeles (UCLA) me admitió para hacer los dos últimos años de la carrera. Tuve magníficos profesores. Berkely me aprobó para continuar hacia la maestría y luego el doctorado. Todo parecía planeado.

Marcaron mis años en California dos movimientos sociales de la década de 1960: la lucha por los derechos civiles y la oposición a la guerra de Vietnam. Participé en ambos. El himno de esa generación fue la canción

de Bob Dylan *Blowing in the Wind*. En 1968, y a un mes de mis exámenes finales de último año, me llamaron al servicio militar. Lo pensé y decidí no ir a la guerra. Le pregunté a mi profesor Ralph Beals qué escuela de antropología me recomendaba. Dijo que la de México y la de Los Andes, una pequeña universidad privada en Bogotá cuyo departamento de antropología lo dirigía su amigo Gerardo Reichel-Dolmatoff.

A Los Andes

En el verano de 1968 crucé en mi busito VW México y Centro América hasta la finca familiar en Chiriquí Viejo. Una noche, bajo la lámpara de querosín, escribí al Dr. Reichel si me aceptaban como graduando. La repuesta demoró días viajando de David a Panamá y a Bogotá, el Tibet de las Américas, como diría el ex-presidente Alfonso López Michelsen. Me aceptaron y validaron mis materias. En mayo de 1968, tras votar en mis primeras elecciones presidenciales en Panamá y con un préstamo del IFARHU, partí hacia Bogotá.

El fundador y director de antropología en la universidad de Los Andes, Gerardo Reichel-Dolmatoff, era un intelectual europeo exilado de la II Guerra Mundial. Conmigo fue muy gentil. Me quedé en la pensión Alemana, cerca a la universidad, y luego viví con dos estudiantes y con una familia bogotana, cuyo hijo Alberto estudiaba en Los Andes. En antropología todos fueron muy atentos. Uno de los primeros estudiantes que conocí fue a Juan Yanguéz, panameño, que terminaba la tesis y partía a su doctorado en Estados Unidos. Me regaló varios textos, me orientó sobre el departamento, la universidad y el país. Al ir a pagar mi matrícula supe que la habían subido, sobre todo para extranjeros, de 3.600 a 4.050 pesos. Quedé debiendo mil pesos, con solo 20 dólares para un mes y libros. Por no tener Panamá y Colombia convenio cultural, debí tomar materias de secundaria, historia y geografía de Colombia y español. Por considerarse los bogotanos la Atenas de América, cuna del mejor español, el profesor no gustaba de mi acento que llamaba costeño.

Dura fue la transición cultural de California a Bogotá. California era cuna de lo informal; los estudiantes vestíamos shorts, t-shirts y chancletas. Bogotá era fría y formal. Los hombres con sacos, negros o grises. La primera vez que salí con mis guaraches mejicanos, con suelas de llantas

de carro, fue un escándalo en la calle y la universidad. Los uniandinos vestían saco y corbata. En poco tiempo hice buenos amigos. Antropología era para gentlemen y se esperaba que sus tesis fueran sobre arqueología, lingüística o etnografía. Temas que no me atraían.

Las islas de San Bernardo

Aprovechaba los feriados para recorrer Colombia en bus y a dedo. En esos años la violencia no era tan virulenta ni extensa. La coca era una hoja que masticaban los indígenas de la Amazonía. Tendía a viajar a la costa, que en Colombia es el Caribe. Un amanecer, el bus me deja en la playa de Tolú, Golfo de Morrosquillo. Zarpaba un cayuco de vela estilo kuna, con tres pescadores negros. Les pregunté a dónde iban y me dijeron que a las islas de San Bernardo. Les dije si podían llevarme y me aceptaron. A la altura de la Punta de San Bernardo muere el viento. Pensando la dormida mar afuera, aparece distante una embarcación. Un pescador se fija en el puntito y dice “Es la INCORA”. Era la lancha del Instituto Colombiano de Reforma Agraria, que organizaba cooperativas de pescadores en el Golfo de Morrosquillo. Al acuaderarse la lancha al bote pregunté a dónde iban. Dijeron que al Islote, único poblado de las San Bernardo. Dando excusas a los pescadores, me pasé a la lancha y llegué al Islote. Estas islas son como las de San Blas, pero su gente es negra, emigrados de la isla Barú durante la Guerra de los Mil Días. Se encuentran a sesenta millas náuticas al oeste de Cartagena.

Al ver ese Caribe cristalino, arrecifes y peces de infinitos colores, su gente alegre y hospitalaria, decidí que ahí haría mi tesis. Vivían de la pesca por la pobreza del suelo y las lluvias erráticas que imposibilitaban la agricultura, salvo por palmas de coco y carbón de mangle. Muchos de los adultos mayores habían trabajado en las canoas que comercian con la costa de San Blas y Colón.

Mi tema sobre la antropología económica de una comunidad de pescadores negros no fue bien recibido en el departamento. Nadie había hecho tesis de pescadores, no era respetable, pero me apoyaron el Dr. Reichel y el Dr Egon Schaden.

En el Islote me dio casa y comida Hermelinda Alvarado, para quien fui un hijo. Era la cacique del caserío. Hice un mapa del pueblo ubicando

todas las casas y familias. Realicé un sinnúmero de entrevistas. Me gané la vida buceando con arpón y vendía pescado y langostas a los intermedarios de Cartagena y Tolú. Mi biblia fue *Malay Fishermen* de Raymond Firth.

De Bogotá, a Narganá y a Panamá

Al terminar la tesis mandé mis pocas pertenencias vía aérea y en bus fui a La Dorada, abordando la San Roque, una barcaza que iba por el Magdalena abajo vendiendo sacos de cemento. Deseaba conocer este río, histórica puerta de entrada al Nuevo Reino de Granada. En cada poblado que atracábamos bajaba a conocerlo. Algunos nombres me eran familiares por los vallenatos y cumbias que en Panamá sonaban por la radio: Magangué, Plato, Tamalameque, El Banco, Mompós. Los marineros me contaron de la violencia que azotó el Magdalena Medio, cuerpos degollados que bajaban flotando. De Barranquilla fui a Cartagena, a Tolú y en cayuco al Isote. Me despedí de mi familia adoptiva y amistades y un pescador me llevó en cayuco de vela a Tolú. Gracias a amigos toluenses conseguí, vía el alcalde de Coveñas, cupo en una canoa para San Blas.

La nave Mary C era de Loricá. Sus marineros de La Rada y Moñitos, caseríos de la costa. Su paga bajísima, 100 pesos el viaje, que suplementaban comprando animales, aves y productos agrícolas para vender a los kunas. Esta carga iba en cubierta pero la mercancía de los dueños de la nave iba bajo cubierta. Anclamos en varios puertecillos a cargar plátanos, otoes, ñames, sacos de arroz y azúcar e iguanas vivas. Una noche recalamos en Isla Fuerte, otra en Isla Tortuguilla. De noche zarpamos a cruzar el Golfo de Urabá. A medio camino se apagó el viejo motor de gasolina y a la deriva quedamos. Al otro día aparecieron unos cazones, tiburones chicos, y de un arponazo cogí uno que el cocinero preparó para toda la tripulación. Finalmente arrancó el motor y al otro día avistamos Cabo Tiburón, raya limítrofe entre Colombia y Panamá. Regresaba al Istmo tras una década de ausencia. Comenzaba mi maestría en las realidades istmeñas.

Anclamos en Puerto Obaldía donde toda canoa pagaba a las autoridades panameñas 45 dólares para comerciar con San Blas, pero a veces les cobraban 90 y 100, sin recibos.

El capitán de la Mary C me pidió prestados 75 dólares para el permiso, que luego me canceló. Subieron a abordó los de aduana y decían: “y ese pavo de quién es? De la tripulación. Dámelo, tengo rato que no pruebo pavo. Y ese puerco de ahí? Dámelo”. Aduana, sin tapujos, quitaba a los marineros los productos que traían para vender.

Fascinante era ver el viejo trueque comercial entre kunas¹ y canoas. Productos colombianos por cocos, el dólar vegetal kuna. Recalamos en las islas de Carreto, Caledonia, Mulatupo, Isla Pinos, Ustupo, Mamitupo, Achutupo, Ailigandi, Tupile y Playón Chico. Al desembarcar en Narganá sonaba La Negra Celina, de Cristóbal Perez, con voz de Alejo Durán. Me despedí de la tripulación y tomé una avioneta hacia Panamá.

La DIGEDECOM

Me dicen en Chiriquí que hay un ministerio nuevo, el Ministerio del Trabajo, y que a lo mejor allí encuentro trabajo. Me vine a la capital a ver si este ministerio tenía trabajo. El Ministro era Rómulo Escobar; pregunté si podía verlo. Con mala cara, la secretaria me dijo que él no daba citas individuales, solo audiencias generales los jueves. Al llegar el jueves, había un gentío en el auditorio. Unos pidiendo plata, otros sacos de cemento. En eso él dice que se acabó la reunión. Fui el último en salir y esperé que estuviera a mi lado para decirle: “Dr. Escobar, soy un antropólogo recién graduado, aquí está mi tesis y mi diploma y busco trabajo”. Me responde que se acabó la audiencia. Le explico que tengo una deuda con el IFARHU y necesito trabajar. El Dr. Escobar sonríe y dice: “que dijiste que estudiaste?...antropófago?” “No, no, le digo, estudié antropología!” Entonces dice: “Mira, acaba de formarse la Dirección General de Desarrollo de la Comunidad (DIGEDECOM), bajo la Presidencia de la República y César Rodríguez es el director, ayer me dijo que buscaba un antropólogo”. En una de sus tarjetas el Dr. escribió: “César, ahí te mando un antropólogo”. Llegué a la DIGEDECOM y César Rodríguez no me prestó mucha atención. Me mandó a que me entrevistara con Francisco Herrera, Fredy

¹ El Consejo General Kuna ha modificado recientemente su autodenominación a Guna. Sin embargo, en este artículo se hace referencia a los kunas, debido a que en la década de 1970 ése era el nombre aceptado por el grupo étnico en cuestión (N del E).

Blanco y Julio Arosemena. Recuerdo que la primera pregunta me la hizo Francisco. Me dijo: “desde un punto de vista antropológico nárranos tu experiencia bajando el Magdalena y en canoa hasta San Blas”. Hice mi recapitulación antropológica del viaje y quedé a cargo de la Sección de Asuntos Indígenas.

La DIGEDECUM fue mi introducción a los graves problemas de las zonas indígenas. Recorrí el Istmo a pie, a caballo, en cayuco, en jeep y avioneta. Mi equipo eran 35 trabajadores comunales y voluntarios, kunas, guaimies y chocoes. Con ellos anduve por el Cricamola, el Tuira, Chucunaque, el Sambú, ambas vertientes de la serranía del Tabasará y las islas de San Blas. Los únicos no indígenas eran Rafael “Pito” Murgas y Fabio Bernal, de Veraguas, grandes conocedores de la serranía. Me redactaron interesantísimos informes sobre las condiciones de los indígenas de Veraguas. Camilo Ortega, luego cacique, también era del grupo. Para los militares de esos tiempos, el desarrollo comunitario consistía en construir pequeñas obras de infraestructura: escuelas, puentes, puestos de salud y zarzos. El tema de la tierra, de las comarcas, era periférico.

Ese invierno de 1970, entré a la serranía del Tabasará con Fabio de baquiano. Siempre dependí de mis baquianos para que me llevaran y trajeran por selvas y serranías. Anochecía al llegar a Cerro Plata, caserío guaimí, y habían muerto 13 niños de tosferina. Nunca había visto morir criaturas así, ni pensaba que sucediera en Panamá en pleno siglo veinte. Verlos morir me impactó, tosían y se iban quedando sin aire. Era año de “junio”² y las cosechas habían fracasado, no había comida. Le digo a Fabio que partiríamos al amanecer, a buscar ayuda al caserío más cercano donde una avioneta aterrizara y nos llevara a Santiago. El llano más cerca era Buenos Aires, donde un comerciante chino tenía una radio de comunicaciones. Partimos al amanecer y bajo la lluvia, caminamos día y noche, cruzando ríos y quebradas desbordadas, subiendo y bajando caminos lodosos, zanjones, atentos a las víboras. Al día siguiente salimos a Buenos Aires. Al otro día la avioneta de Aerolíneas Cantú nos dejó en la pista de Santiago. Fui a hablar con el director médico de Veraguas. Le digo: “doc-

² Es cuando se siembra en mayo y no llegan las lluvias y para junio están muertas las plantas.

tor, me llamo fulano de tal, trabajo para la DIGEDECUM, acabo de bajar de la serranía y he visto morir de tosferina a 13 niños”. Yo siempre quise ser médico, los hijos de Hipócrates que curan enfermos. El jefe médico me miraba, pero no me veía. Como no reaccionaba, le digo: “doctor, han muerto 13 niños en la montaña, de tosferina ¿Qué puede hacer?”. Esta vez me dice: “Esa es la vaina con estos indios. Siempre se andan muriendo de una vaina u otra. Ellos bien saben que sólo tienen derecho a dos giras médicas: la de invierno y la de verano. Ya la de invierno pasó, así que, que se frieguen”. No podía creer que al jefe médico fuera indiferente a la muerte de los niños de la serranía. Esto cambió mi rumbo antropológico. Comencé a cuestionar la política indigenista y las actitudes panameñas hacia sus indígenas. Al leer lo que escribieron los padres de la patria e intelectuales topé con el desprecio hacia el indígena. Tenían que volverse mestizos y hablar español, integrarse. Comencé a investigar la legislación indígena del Panamá colonial, colombiano y republicano. Leyes que los calificaban de salvajes y de menores de edad.

Un amigo periodista, Danilo Caballero, me dijo fuera a ver a monseñor Martín Legarra, obispo de Veraguas. Voy y le explico la situación de los niños y me dice: “Por qué me cuentas eso a mí? Dile al médico”. Le explico que acabo de venir de ver el jefe médico de Veraguas y lo que me dijo sobre los indios. Monseñor me preguntó si había hablado por la radio y le digo que nunca porque soy muy tímido. Me pide que vaya esa noche a Radio Veraguas donde enseñan a leer y escribir vía radio, y se hacen entrevistas. Esa noche el que dirigía el programa de alfabetización, con el método Freire, dice: “ahora tenemos un invitado especial, acaba de bajar de la serranía y va a contarnos lo que acaba de ver”. No sé quién oyó mi comentario pero, a los días, un helicóptero de la Guardia fue con una misión médica. Me di cuenta del poder de los medios. En esa época, la radio era la única entrada a las montañas.

Este evento en la serranía del Tabasará marca un capítulo de mi andar antropológico. En adelante me enfocaría en los derechos indígenas, la seguridad de la tenencia, las comarcas, su autodeterminación. En mis reuniones con comunidades de Veraguas y Chiriquí, al conversar sobre sus necesidades sentidas, decían que tener escuelas y puentecitos estaba bien, pero primero era la tierra. La ganadería venía empujándolos sierra

arriba. A la sazón, cuatro grandes políticas del estado eran: la conquista del Darién, la conquista del Atlántico, construir la Panamericana hasta Colombia y la mina de cobre de Cerro Colorado. El Estado y la banca apoyaban la expansión ganadera. Recuerdo años después, al encargarse Rigoberto Paredes de la Planificación de la Presidencia, nos dijo que su sueño era convertir a Panamá en un potrero, de Paso Canoas a Palo de las Letras. Los préstamos que hacía el país a los bancos internacionales daban prioridad a la ganadería. Caminando y hablando con los guaimíes, veía cómo los ganaderos se metían a la fuerza. Otras veces eran los campesinos latinos pobres, aupados por la necesidad y los ganaderos. Me decían los guaimíes: “antes los límites nuestros eran allá abajo, en aquel cerro, pero pasó la Panamericana y ahora los límites están acá arriba”. Y el sistema de justicia no funcionaba y cuando lo hacía era contra los indígenas. Nada valía la palabra de un indígena ante un ganadero que le quitó la tierra. Vi a hombres que los ganaderos de Tolé habían amarrado, arrastrado con caballos y azotado. La justicia era para los de plata. En el terreno, la realidad jurídica era la inseguridad indígena ante el avance del ganadero y los proyectos del Estado.

Uno de los primeros proyectos estatales que palpé fue Bayano. Me pide la Dra. Reina Torres de Araúz ir en su lugar a explicarle a los kunas la construcción de la represa de Bayano. En dos piraguas subimos el Dr. Pirro –profesor de anatomía de la escuela de medicina-, unos guardias y yo. Llegamos a Aguas Claras. Aquí vivía el sáhila, el principal cacique de los kunas de Bayano, Leónidas Brenes. Esa noche en la casa del congreso traté de explicar a la comunidad, vía el traductor de kuna, qué sería esta represa. Según ellos, nadie podría domar la fuerza del Bayano que era casi sagrado. Por cientos de años el río subía en invierno y bajaba en verano. La primera reacción fue que se trataba de una inundación mayor pero que a fin de cuentas, las aguas bajarían en verano y ellos volverían a sus caseríos. Dije que esta vez el agua subiría para no bajar, inundando caseríos, cultivos, tierras de cacería y cementerios. Silencio. Leónidas me preguntó para qué era esa represa. Le dije que para el progreso, para generar electricidad. Me preguntó para quién era esa electricidad. Le dije que era para la capital, para los comercios y bancos. Silencio. Finalmente Leónidas me dice: “bueno, si esa represa es para producir electricidad

para Panamá, por qué no inundan Ciudad de Panamá?”. Le dije que tenía razón.

Preocupado por la política de desarrollo que atropellaba a estas comunidades, en enero de 1971, redacté un breve informe interno esbozando los problemas prioritarios y algunas recomendaciones; la primera era la comarca. Lo titulé Anteproyecto de política indigenista para el área de las provincias de Chiriquí y Veraguas. Se lo mostré a mi jefe, Juancho Barrera y no le gustó. “Eso que la prioridad sea la comarca, no, aquí no estamos pa’ eso. Aquí la política es mejorar puentes, caminos, escuelas; pero eso de la tierra es un problema político. Quitá eso”. Esa negativa me impactó, pues las comunidades enfatizaban la seguridad de la tierra. Le dije que lo pensaría y que quizás publicaría ese informe interno en un diario. Ante eso, Juancho me amenazó con despedirme. Eso me molestó. Para el desarrollo de la comunidad -moda en América Latina a la sazón- la seguridad de la tierra para los indígenas era periférica. El Estado consideraba como propias las tierras y los recursos naturales de los indígenas. En proyectos como la conquista del Darién, Cerro Colorado, Bayano, el Estado decidía, no los indígenas.

Un domingo sale en el periódico La Estrella de Panamá la primera de tres entregas de mi escrito cuestionando la política indigenista oficial; nada radical. Partía enfatizando la seguridad en la tenencia. Al día siguiente me llama mi jefe, y me dice: “¿Stanley tú publicaste esta cosa? ¿Te recuerdas que te dije que si publicabas eso te botaba? Si fueras mi amigo, yo no te boto; pero como no eres mi amigo, ¡estás botao!” Otra experiencia antropológica. Difícil fue el desempleo. Unos estudiantes de leyes de la Universidad de Panamá que utilizaban mi biblioteca, recogieron dinero para ayudarme a pagar la renta, entre ellos Dicky Panay, Raúl Cochez y Ramón Fonseca.

La CEIDN

Humberto Girón, sociólogo, me recluta como antropólogo de la Comisión de Estudios Interdisciplinarios para el Desarrollo de la Nacionalidad (CEIDN), de la Dirección de Planificación de la Presidencia de la República. La CEIDN fue establecida por Hernán Porras, primer panameño graduado en antropología. En la década de 1970, los organismos interna-

cionales exigían a los países prestatarios un plan nacional de desarrollo. Bajo Nicolás Ardito Barletta preparamos la Estrategia nacional para el desarrollo nacional: 1970-1980. Se pensaba que el desarrollo económico podía lograrse consolidando la nacionalidad, vía un proyecto nacional que uniese a los diversos grupos panameños. La CEIDN buscaba respuestas a preguntas como, ¿quién es el hombre panameño? Entre sus estudios estuvieron: La Sociedad Panameña: Historia de su Formación e Integración, del historiador Alfredo Castellero Calvo. El Ensayo Psico-Social sobre el Hombre Panameño de Eric De León y la obra del economista Juan F. Scott y los geógrafos Ana Hernández de Pitti y Omar Jaén, Evolución de la Estructuras Agrarias Panameñas.

Logré atraer a Francisco Herrera y a Aníbal Pastor. Desde esta institución medular del engranaje estatal, comenzamos a introducir el tema indígena en los planes de desarrollo, nacionales y regionales. En 1972 vino el primer gran estudio de la pobreza en Panamá, desarrollado por la Organización Internacional del Trabajo (OIT) con un equipo de expertos. Al preguntar quién sabía sobre comunidades indígenas y campesinas me asignan de contraparte. Les insistimos que los campesinos eran los más pobres: pero los indígenas eran los más pobres de los pobres. Revertir la pobreza rural debía comenzar con los indígenas, asegurando sus tierras. Al salir el informe de la OIT, fue una gran satisfacción ver entre las recomendaciones el alivio a la pobreza indígena y la tenencia de la tierra.

En ese tiempo hubo múltiples cambios políticos. Se abolió la Asamblea Nacional y se crea la Asamblea Nacional de Representantes de Corregimiento. Muchos jóvenes indígenas que trabajaron en la DIGEDECOP fueron electos representantes de corregimiento. Ellos empujarían el tema de las comarcas. Desde Planificación tuvimos siempre las puertas abiertas para apoyarles. Incontables veces atendimos a caciques y representantes indígenas que buscaban apoyo, sea con el tema de la comarca, organizar eventos, redactar cartas a las autoridades, o hacerles contactos con quienes pudiesen apoyarles, a lo interno o externo del país.

Otro tema que promovimos fue la Constitución Nacional de 1972, asesorando al equipo de Planificación, que tenía que ver con la política económica. En esa Constitución metimos el tema de las comarcas. Lo que hicimos antropólogos como Francisco Herrera, Aníbal Pastor y yo

fue trabajar, dentro del Estado, a favor del tema indígena. No fue fácil. Recibí amenazas, directas e indirectas. Decían, “cállate la boca, de arriba vienen órdenes que estás alborotando los indígenas con eso de las comarcas”.

Recuerdo la primera vez que vi al general Torrijos. Preparábamos el Plan nacional de desarrollo, y a nosotros nos tocaba lo social. El Ministro dice: “bueno muchachos, vamos a la comandancia”. Entonces mandaban el país desde el Cuartel Central en Avenida A. ¡Ahí se tomaban las decisiones! Fuimos con el ministro de Planificación y nos reunimos con el Estado Mayor de la Guardia Nacional. Tras esperar, nos hacen subir a la sala de reuniones del Estado Mayor; ahí estaban los jefes de Panamá. Cinco oficiales de alto rango, uno de ellos era Noriega. Como tenía que saber qué pensaba el general Torrijos sobre los indígenas, me senté en primera fila, frente a él. Erick De León me consulta si voy a preguntarle al general sobre los indígenas y le dije que sí. Erick dice “si tú preguntas, yo pregunto” y se sienta a mi lado. Detrás del Estado Mayor había un guardaespaldas -Orejita Ruiz- era de temer. Me cayó bien el general, habló de ser hijo de maestros rurales. Su papá colombiano, su mamá de Veraguas. Había estudiado en la Normal de Santiago, pero por cosas del destino estudió milicia. Recién graduado en El Salvador, debe reprimir a los muchachos alzados en Cerro Tute. La represión de 1959 lo marcó. Viene y nos dice: “muchachos, ustedes son la crema y nata del gobierno revolucionario y el plan de este gobierno lo van a hacer ustedes. Yo no soy hombre de letras, no tengo doctorado ni maestría, yo salí del cuartel. Pero voy a compartir unas inquietudes que tengo y quiero que ustedes lo pongan en el plan, en sus palabras”. Dijo que Ciudad de Panamá crecía mucho, que los ministerios estaban en la capital, que había que descentralizar el Estado. Por eso el MIDA luego fue trasladado a Santiago y Obras Públicas a David. Le preocupaba lo del Canal, el exceso de dependencia en la economía de tránsito. Habló sencillo y corto. “Bueno muchachos, ¿tienen alguna pregunta?”. Levanté la mano y le dije al general “gracias por explicarnos sus prioridades para el Plan nacional de desarrollo, pero usted no mencionó a los indígenas”. Y me dice: “dime Stanley, ¿cuál es el porcentaje de población indígena en este país?”. Le digo, “según el censo de 1970 son el cinco por ciento, pero el censo está mal, puede ser el doble”. “¡Ah!...

te contestaste tu pregunta”, dijo Torrijos. “Tenemos que ocuparnos del 95 por ciento primero y después del otro cinco por ciento”. Por primera vez se rompe el hielo, oficiales y técnicos echamos a reír. Pide la palabra Erick, delgadito y bajito, como monaguillo. Erick tenía esta forma de pararse, juntando los dedos como si rezara y bamboleándose con un pie adelante y otro atrás. Y dice: “bueno general, yo quería preguntarle ¿cuándo va a permitir nuevamente los partidos políticos en Panamá, cuándo va a terminarse la censura de prensa y radio, y cuándo la Guardia retornará el poder a los civiles?” Esto en plena comandancia de la Guardia Nacional y frente al Estado Mayor. Salta el Ministro y grita: “¡De León cállate, siéntate! No hagas esas preguntas”. Ese muchacho de Coclé se ganó mi admiración. No cualquiera pregunta eso en la cueva del lobo. Torrijos le dijo al Ministro que se calmara, se sentara y dejara que hablara el muchacho. La sala quedó en silencio total.

Lo del cinco por ciento me molestó: En el trabajo mis compañeros para molestar a veces me decían el hombre del cinco por ciento. Así que comencé a estudiar la metodología censal y cómo se aplicaban en zonas indígenas. Encontré que quedaban fuera miles de indígenas que, durante los censos, trabajaban en las bananeras, zonas cafetaleras y azucareras, en las tierras altas de Chiriquí y la Zona del Canal. Con Francisco Herrera, Aníbal Pastor y Fredy Blanco organizamos un taller con la Dirección del Censo, logrando cambiar la definición de indígena. En el futuro, los indígenas que al momento del censo estuviesen fuera de sus regiones serían contados como indígenas. El cambio se reflejó a partir del censo nacional de 1980, al aumentar la población indígena.

Reforma agraria y asentamientos campesinos

Un día de 1972, me llama mi jefe y me dice: “Stanley, Naciones Unidas quiere que Panamá evalúe las políticas de reforma agraria del proceso revolucionario y, como has trabajado en zonas rurales, ve y evalúa la reforma agraria y los asentamientos campesinos”. Así, salté del tema indígena al campesino y la tenencia de la tierra. Tema volátil, pues la tierra es cosa de vida o muerte.

Los nombres de los asentamientos campesinos de la reforma agraria reflejaban la orientación ideológica de entonces: Triunfo Campesino, Uni-

dad Proletaria, Vanguardia Campesina, Así Marcha la Revolución, Todo por la Patria, Victoria de la Revolución, Unión Revolucionaria, Lucha Campesina y El Brigadier. Los cuadros dirigentes eran de izquierda. Terminado el informe, Reinaldo Decerega, mi jefe, me dice: “léí tu informe y no sé si botarte o felicitarte. Al gobierno le interesa que los asentamientos sean vistos como un éxito, pero tu informe deja ver ciertos fracasos”. Se publica el informe que acepta Naciones Unidas.

En agosto de 1973, la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO), solicitan a Panamá un estudio de la participación de la juventud rural en los procesos de desarrollo. Se escoge Barú, sede de muchos asentamientos y juntas agrarias, en tierras expropiadas a la Chiriqui Land Company. Debía grabar las entrevistas a los jóvenes campesinos, hijos de “manchaos”, antiguos obreros de las bananeras. Por primera vez usé la grabadora para recoger testimonios vía la historia oral. A pesar de haber desarrollado el cuestionario y realizado todo el trabajo de campo en un durísimo invierno, el informe sale sin mencionarme. Otra lección antropológica, tu trabajo puede utilizarse sin darte reconocimiento.

A fines de 1973, con beca del Consejo Británico de Ultramar fui a Inglaterra, a la Universidad de Essex, donde hice mi maestría en sociología. Mi tesis fue sobre la reforma agraria en Panamá.

Cuando se acaban los montes

Regresé al Istmo justo al surgir el Programa de desarrollo rural integrado. Me dice mi jefe, Reinaldo: “Stanley, como tú acabas de volver de vacaciones de Inglaterra, vete a Tonosí a estudiar quiénes son los campesinos más pobres, y haces un informe para ayer”. Hicimos una encuesta grandísima, buena. Trabajé por primera vez con campesinos de Azuero. Como la documentación escrita escaseaba, hice muchas entrevistas a fondo, muchas grabadas: cuándo, cómo y por qué habían salido de sus lugares de origen y colonizado las selvas de Tonosí; cómo se organizaron para migrar y tornaron las selvas en potreros; cómo se ganaban la vida mediante la ganadería extensiva y la agricultura de roza y quema. A falta de archivos, entrevisté a maestros, alcaldes, corregidores, jueces, médicos, periodistas, gobernadores, sacerdotes, intermediarios ganaderos y matarifes. Entregué mi

informe en 1976. Gracias al Dr. Carlos Manuel Gasteazoro, fundador y director de la Editorial Universitaria de Panamá, en 1983 se publicó como libro titulado *Cuando se Acaban los Montes*.

Estando en Tonosí, se realiza el VI Congreso de Ecología Tropical. El evento trajo a Panamá por primera vez a la *crème de la crème* de los ecólogos, biólogos y ambientalistas del mundo. Se realizó en el palacio Justo Arosemena. A veces visitaba al Dr. Pedro Galindo y al Dr. Abdiel Adames en el Laboratorio Gorgas y me decían: “tenemos este congreso internacional y no hay panameños trabajando con campesinos que talan selvas. ¿Por qué no das una charla sobre lo que haces en Tonosí? No te preocupes por las eminencias, da tu presentación sobre los sistemas de producción campesinos”. Fui el último en hablar, la última noche del evento, ante una audiencia de investigadores en ciencias naturales, extranjeros. Había ecólogos, biólogos tropicales, pues entonces pocos antropólogos estudiaban a los campesinos que colonizaban la selva. A los científicos sociales les interesaban la lucha de clase y la inminente toma del poder por el proletariado urbano organizado por el partido de clase dirigente. Describí pues, los procesos sociales y ambientales que observé en Tonosí. Cómo llegó la gente de otras regiones, talaron y quemaron, sembraron paja para potrerros quemándola año tras año. Y cómo, al acabarse los montes y perder la tierra su fertilidad, la vendían para irse a otros frentes de colonización. Terminé de hablar y silencio. En eso se para un señor alto y me felicita. Era el Dr. Frank Golley, uno de los organizadores del evento. Me pregunta si voy a hacer un doctorado y le digo que sí. “¿Y en qué lo va a hacer?”. “Sobre la reforma agraria”, respondo. “Olvídese, ese tema es pasado, esto que hace ahora, estudiar los campesinos que talan la selva, es tema del futuro” me dice. Eso cambió mi vida. Volví a Inglaterra, becado por la Fundación Ford, e hice mi doctorado sobre la colonización campesina de bosques tropicales en Panamá.

Los impactos ambientales de los proyectos de desarrollo

Al regresar en 1980, iba a realizarse el primer perfil ambiental de campo de Panamá. Lo coordinaba Planificación, los expertos eran extranjeros. Fui el antropólogo del equipo. Trabajé con especialistas forestales, en suelos, hidrólogos, biólogos marinos y zoólogos. Una gran experiencia

interdisciplinaria. Posteriormente hicimos el primer perfil ambiental de República Dominicana.

En 1981, el Ingeniero Irving Díaz, director de la Dirección Nacional de Recursos Naturales Renovables del Ministerio de Desarrollo Agropecuario, me solicitó estudiar los campesinos de la cuenca del Canal. Durante seis meses, con guardabosques y técnicos forestales recorrí el lago Gatún, las cabeceras del río Chagres y el lago Madden. Entonces se talaban 3.000 hectáreas de selvas anualmente y la ganadería amenazaba los bosques de las cabeceras de los ríos Chagres, Pequení, Boquerón. Me quedó en claro que la fuente de agua para el Canal y para el consumo de las ciudades de Panamá y Colón peligraba a corto plazo.

En 1983 se crea la Comisión Nacional del Medio Ambiente (CONAMA), para asesorar al Ejecutivo, decreto que firma el presidente Dr. Jorge Illueca Sibauste. Su director era el geógrafo Dr. Jorge Illueca Bonnett. Entre los integrantes estuvimos Alberto Mac Kay y yo. Una de nuestras propuestas fue redactar y publicar la Cartilla Resumida de Legislación sobre Recursos Naturales Renovables, que resumía las principales leyes ambientales del país y era fácil de usar por policías ambientales, guarda-bosques, técnicos forestales, regidores y corregidores.

La grave sequía de 1981 y 1982, debida a la Corriente del Niño, sacudió la complacencia ambiental de esta nación. Estuvimos a punto de racionar el agua para Panamá y Colón. El Canal bajó el calado de los barcos. La lluvia que debía llegar en mayo no cayó hasta agosto. En Planificación organizamos el Grupo de Trabajo sobre la Cuenca del Canal de Panamá. Ricaurte "Catín" Vásquez era el Ministro, dándome carta blanca para organizar este esfuerzo interinstitucional e interdisciplinario. Apoyo clave recibimos del coronel Leónidas Macías, jefe de la policía de Panamá, a cuyo cargo estaba la Policía Ambiental. Por dos años, 175 técnicos de todas las instituciones, analizamos los procesos de desarrollo dentro de la cuenca hidrográfica más importante del país. Era la primera visión de conjunto del estado ambiental del Chagres y sus afluentes. Una recomendación prioritaria fue salvar los bosques supervivientes de las cabeceras del Chagres. Gran placer me dio cuando en la reunión final, nuestro orador invitado, el presidente Erick A. Del Valle, dijo: "Stanley, antes de venir aquí he firmado el decreto ejecutivo que crea el Parque Nacional Chagres". Ese día Panamá compró el

seguro de vida del Canal y del agua para Panamá y Colón.

La Asociación Panameña de Antropología

Debo agradecer a los nuevos antropólogos por organizar este congreso, tras veinte años de no realizarse. Quisiera recapitular cómo, en 1972, un grupo de entonces jóvenes investigadores, formamos la Asociación Panameña de Antropología. La conformamos Francisco Herrera, Lizia Lu, Ana Montalván, Aníbal Pastor, Sonia Martinelli, Olga Linares y Richard Cooke. Asimismo, Marcela Camargo, Carlos Castro, Raúl Espino, Alberto MacKay y Berta Rivera. En el exterior, Alvaro Brizuela, Gladys Casimir, María Luisa Picard-Amí y Mario Stoute. Tras un agotador papeleo logramos la personería jurídica y, en diciembre de 1975, salió el primer número de la Revista Panameña de Antropología, con portada de Santiago Dam Lao. La segunda entrega salió en 1977, con portada del arquitecto Guillermo Trujillo. Fuí electo su primer presidente y guardo con cariño mi carné, con logo de APA, que lleva el número 1.

El primer libro que publicó la APA fue *Colonización y Destrucción de Bosques en Panamá*, coeditado por Alberto MacKay y por mí. Gracias al antropólogo Mac Chapin, quien hizo su doctorado en San Blas, lo imprimimos con fondos de la Fundación Interamericana. En 1984 salió la segunda edición. Fue el primer breviarío que recogía los pocos estudios sobre la colonización de bosques en el Istmo y sus impactos deletéreos, y cuestionaba la política nacional de sustituir bosques por potreros. Obra pionera a los inicios del movimiento ambiental del país. El último capítulo llevaba el contundente título *La deforestación, muerte del Canal de Panamá*, por el Dr. Frank Wadsworth, quien había estudiado la erosión de suelos y la sedimentación de los lagos Gatún y Alhajuela debidas a la deforestación. Lo llamé a su universidad en Puerto Rico y gentilmente nos autorizó incluirlo.

Habida cuenta el tiempo corre y me he extendido más de lo que gentilmente me concediesen los organizadores, debo dejar las experiencias de este antropólogo de campo en 1984, año de la segunda edición de nuestra obra *Colonización y Destrucción de Bosque en Panamá*. La narrativa de mis experiencias de 1985 a 2013 quedarán para otra oportunidad. Muchas gracias.